

QUICO QUIROS COSTARRICENSE AUTENTICO

León Pacheco

Con la muerte de Quico Quirós ha desaparecido una Costa Rica que nunca volverá. Este hombre en nervio vivo no fue solamente el pintor del paisaje costarricense; fue sobre todo su paisaje humano. Algo inmortal ha perdido el país con su partida por el camino del que no se regresa. Quico Quirós vivió casi un siglo creando, en su estilo, el sentimiento de la nacionalidad en un país de memoria corta. Fue la verdadera transición del campo a la ciudad cuando San José no era más que un hacinamiento de adobes, tejas, calles barrialosas, gentes sencillas, rodeado de montañas que se le venían encima al transeúnte. Hoy todo esto se ha esfumado sigilosamente. San José pierde su paisaje urbano y sus hombres y gana en asfalto, humo de gasolina y diesel, apresuradamente perezoso en un tiempo sin dimensión. No vemos hacia el pasado porque el pasado no nos interesa. Nos interesa el presente. Cuando las piezas de una sociedad que busca su acomodo definitivo sufren averías, sentimos que el presente, nuestro presente, se nos va de las manos. Y el hombre es cosa inestable sin el cual los demás hombres no pueden darse cuenta de que existen.

El paisaje costarricense, con sus colores y su luz, es de una belleza extraordinaria. Es húmedo y tierno. Es humano y quizás por esta virtud nadie, artes de Quico Quirós, lo había visto. Las montañas son la fuerza de este paisaje. Se acomodan en cielos de un azul limpio. Los pintores anteriores a Quico Quirós no pudieron o no quisieron ver este paisaje. Tampoco el común de los costarricenses, quienes se dieron cuenta de su existencia después de las experiencias plásticas de Quico Quirós, quizás por lo que afirmaba Oscar Wilde de que los ingleses se percataron que Londres es una ciudad brumosa cuando la vieron pintada. Los paisajes de Quico Quirós expresan más el sentimiento del color que de la luz. Los árboles y la lejanía les quitan a estos paisajes la atmósfera de transparencia que es notable en los grandes paisajes de comienzos de este siglo.

Quico Quirós se formó en la escuela sevillana de don Tomás Povedano que, como buen español, nunca sintió el clima de la naturaleza tropical, en donde el color y la luz poseen un significado muy otro que el de los europeos. Para los artistas europeos la máxima expresión es el dibujo. Goya es el reto humano del desprecio de la naturaleza y del amor a las costumbres y al hombre españoles. Picasso terminó por ser un pintor cartesiano cuando se hizo parisiense. París no deja ver la naturaleza porque el Sena la detiene con su carga histórica, en las puertas de la ciudad, Quico Quirós les enseñó, pues, a sus compatriotas, a ver el paisaje que los dignifica. Es un paisaje limitado, simple, de dimensiones humanas, sin perspectivas poéticas porque el costarricense es un ser realista cuya visión del mundo se detiene en la alambrada que resguarda su pequeño pedazo de tierra, cuando lo posee. Si no en el del cercado ajeno. Es el paisaje confidencial que corresponde a la pequeña propiedad y al espíritu no menos reducido. No es un paisaje indignado, de pro-

testa, como el del mexicano José Clemente Orozco. El de Quico Quirós es el adecuado para un hombre pacífico en una naturaleza pacífica. Sus paisajes están inmunizados por cercas de alambre defendidas por árboles que indican los pequeños linderos de los pueblos costarricenses. Todos están sembrados de casitas campesinas porque el pintor no entiende la naturaleza sin el hombre incrustado en la tierra. Los cielos de estos paisajes son poco claros aun cuando la paleta de Quico Quirós sea muy limpia. Los pocos retratos que pintó son terrosos, calidad que no tienen los de su antecesor don Enrique Echandi. El dibujo de Quico Quirós es firme, dibujo de arquitecto acostumbrado a construir el hábitat donde el hombre acomoda sus huesos, sus pasiones, su pasividad y su paz.

Este estilo pictórico comienza a desaparecer con el colapso de las aldeas colgadas de los arrables de las ciudades. Se acabó el adobe y con éste la tierra. Los pueblos se convierten en colmenas de bloques de cemento. Las aldeas son el reposo confortable de quienes, gracias a la negligencia injusta del destino, acumulan riqueza, ignorancia y petulancia motorizada. En estas condiciones ahora los paisajistas tienen que caminar muchos kilómetros para hallar una naturaleza sólida para que sus pinceles relinchen sobre la tela. Ya Escazú, Santo Domingo, madres de los paisajistas ticos, dieron lo que tenían que dar, hasta el cansancio. En este clima a la cal viva, de colores planos y lavados, Quico Quirós colocó, cuando había que hacerlo, su espíritu sencillo, como correspondía a su pueblo que el pintor conocía, amaba y sentía.

Quico Quirós nació en la avenida central, pero nadie tuvo menos alma de avenida central. Su imaginación arrasaba su provincialismo arrabalero e iba más allá de las calles que desembocan en esta vía del orgullo nacional. La Costa Rica de Quico Quirós es la misma de Aquileo J. Echeverría, Magón, García Monge. Nunca creyó, como tampoco lo creyeron aquellos auténticos costarricenses, que Costa Rica es la Suiza de América. Costa Rica es Costa Rica, qué diablos, Quico Quirós analizaba, con su fino escarpelo, los más íntimos detalles de la vida nacional. Sus paños de jocote daban jocotes y no manzanas. Hablaba la lengua del costarricense de fines del siglo pasado, no contaminada aún con el virus del internacionalismo de las Naciones Unidas. Lengua pastosa, directa, socorrona, de una pereza deliciosa que se acentúa en las vocales finales de las palabras, pereza que pone de manifiesto de lo difícil que es entrarle a un costarricense. Es una lengua propia de un campensino de pensamiento maliciosamente lento y ausente por cálculo. Es una lengua atendida a la herencia española colonial, sin contaminaciones, que dio origen a los primeros talkuceos literarios costarricenses. Oír a Quico Quirós contando cuentos de los viejos tiempos era trasladarse a ellos sin artificios. Se sabía de memoria la vida y milagros de las damas empingorotadas y de los caballeros de chaquetón, de mozas y mozalbetes, nada escapaba a su análisis irónico ni a su frase oportuna.

Quico Quirós es un personaje más de los



cuentos de Magón, con una risa envuelta en hojas de tamal navideño. Pero además es un retozo de los octosílabos de "Las concherías" de Aquileo J. Echeverría. Estas son las mantillas en que nuestra literatura hizo sus primeras gracias. Son fuerzas constructivas que hablan irónicamente de una democracia maliciosa que, como es el gran negocio nacional, constituye la mejor garantía de nuestro pueblo. Cuando Quico Quirós conversaba en una esquina de la ciudad, y lo hacía con todo el mundo porque se sentía con el derecho de propiedad, pues la había chineado como el que más, no sólo conocía de lo que hablaba sino que sus comentarios sorprendidos y originales eran el remate de su nostalgia. Las anécdotas, las historietas, acaso los chismes, perduraban con frescura en la mente de este costarricense extraordinario. Amaba el paisaje, es cierto, pero se divertía con los achaques de sus paisanos.

Era un anecdotario inagotable pronto a saltar en su paleta de paisajista pascaliano, para quien la naturaleza de las cosas consistía en la limitación del alma. Es lástima que no le entrara la chifladura de emborronar cuartillas porque habría dejado en la literatura costarricense páginas inmejorables. Quizás serían los capítulos que se le olvidaron a Carmen Lyra y serían las travesuras postreras en sus paisajes, de Tío Conejo, auténtico representante del espíritu oportunista del costarricense.

Quico Quirós tuvo alguna vez la idea de reunir a un grupo de muchachos de buen humor, para escribir la historia de San José, casa por casa, edificio por edificio, chisme por chisme, calle por calle, barrio por barrio. Se acordaba de todo, de gentes, paisajes y cosas, de cómo eran los tipos de sus tiempos, mozos, de los paseos al campo, de los trajes de los donjuanes josefinos de pacotilla, de las misas de ocho de la Catedral con el escándalo metálico y la parada de soldaditos de poró, de las fiestas de fin de año en la Plaza de la Fábrica, de los amoríos equívocos, más equívocos que amoríos, de algunas damas austeras como el pecado, del general Romain y su uniforme de alto oficial francés pavoneándose, en las tardes de verano, al lado de su esposa doña Micaela Mora, de las retretas en el Parque Morazán con sus vales ejecutados por una banda desatinada, del Teatro Nacional y sus bailes de hombres de frac y damas de meriñaque y tontillo, de las batallas electorales que siempre terminaban con el triunfo del mismo candidato a la Presidencia de la República, que necesariamente era pariente suyo porque en algún rincón de su genealogía retozaba un Quirós.

Quico Quirós reía y reía, chupando el humo de su cigarrillo, con sus innumerables tics nerviosos y su corpachón de concho hermoso. Nunca permanecía tranquilo. Siempre tenía algo que contar, alzando la mano y arrastrando las sílabas de palabras muy suyas, untadas de luz. Luego se perdía entre las gentes hasta que un día se perdió para siempre en las brumas de la melancolía, dejando un calor de amistad por donde quiera que pasó, tierras y hombres.